LUIS ASTEY

*Elsa Cecilia Frost**

Siempre lamentaré haber conocido tan poco a Luis Astey. De hecho, hasta no recibir la invitación del Fondo de Cultura Económica para presentar su libro sobre Hrotsvitha de Gandersheim no lo conocía ni siquiera de vista, pues nunca me había tropezado con él ni en El Colegio de México ni en la Facultad de Filosofía y Letras. La invitación misma fue una sorpresa, ya que hasta ese momento yo creía –perdóneseme la pedantería– que la única persona en México que sabía de la existencia de esta monja alemana del siglo X era yo. No recuerdo ya ni dónde ni cuándo me encontré con la primera referencia a esta mujer, aunque sí sé que la curiosidad que me despertó no pudo ser satisfecha con las escasas noticias que pude reunir sobre ella. Por lo tanto, la lectura del texto fue un verdadero regalo. Finalmente, gracias a la labor del doctor Astey, pude leer los dramas escritos por la benedictina y entender porqué es considerada como la iniciadora de la dramaturgia cristiana. Pero si bien el libro amplió mi conocimiento sobre la monja, en cuanto al autor de la traducción y la Introducción a estos textos el contacto fue tan breve como cordial.

Sin embargo, apenas unos dos años después, El Colegio de México y el Instituto Tecnológico Autónomo de México me hicieron una segunda invitación. Esta vez habría de presentar los *Dramas litúrgicos del Occidente medieval*, volumen de más de 600 páginas en el que Astey recogió y tradujo 47 dramas litúrgicos y 3 semilitúrgicos, a los que precede una larga Introducción acompañada de eruditísimas notas.

* CCyDEL-UNAM.

ELSA CECILIA FROST

La lectura de este texto repitió el deslumbramiento que me había producido la lectura del primero. En el doctor Astey no sólo se reunían las cualidades de un profundo conocedor del latín —esa engañosa lengua madre que parece tan fácil de traducir, cuando lo único fácil es caer en las trampas que nos tiende y empobrecer el texto original—, sino también un elegante escritor con un amplio manejo del castellano. A lo que debe añadirse que su introducción muestra un conocimiento de la Edad Media insólito en nuestro medio.

Pero no menos digna de atención es la ternura (no encuentro un término mejor) con la que el traductor logra reconstruir y hacernos sentir la honda emoción que esos dramas sencillos y aun ingenuos despertaban en el pueblo que “asistía” atónito al nacimiento o a la resurrección del Señor.

156 | Ahora bien, si los estudios medievales, de suyo tan difíciles, son prácticamente inexistentes en México ¿qué llevó a Astey a dirigir su atención a este campo? En su “Prefacio” a los dramas litúrgicos menciona, muy de paso, “cierta inconsciente o consciente afinidad con algunos aspectos ... estéticos” de ellos, apresurándose a agregar que, sin embargo, esto no significa “que se asuman en lo personal los contenidos ideológicos” de las obras (p. 6). No da más explicaciones, pero sus conocimientos tanto del latín como de la liturgia y del ambiente general en el que surgieron y se representaron estos dramas (siglo X a XIV, con especial apogeo entre el XII y el XIII), me hicieron suponer una larga estancia en algún seminario. Sin embargo, al comentar esta sospecha con fray Mauricio Beuchot, éste me aseguró que no había sido así, con la consecuencia de que sigo sin saber dónde adquirió Astey su asombrosa erudición sobre estos temas.

Cabe decir que en los dos libros que llegaron a mis manos puede advertirse el cuidado sumo en la localización de los manuscritos que habría de traducir y, además, una vez obtenida la copia, el escrupuloso cotejo entre los dramas de un mismo tema, pero escritos y representados en diferentes lugares, digamos Inglaterra o Austria. El hecho de que casi todos estos dramas hayan llegado hasta nosotros en una única

LUIS ASTEY

versión, como señala Astey al final de la “Introducción”, no significa con todo que se trate de una labor fácil.

Ahora bien, si aceptamos que la localización misma del texto, además de su fijación y traducción, implica ya un enorme trabajo, habrá que añadir que, en mi opinión, éste queda opacado, por así decirlo, por el contenido de las notas que acompañan la “Introducción” y los textos. Tales notas son muestra no sólo de un conocimiento al parecer inextinguible en cuanto a fuentes y comentaristas, sino de una maestría notable en el manejo de esta amplísima bibliografía. Por si esto fuera poco, los comentarios de Astey son tan precisos que aclaran en pocas palabras hasta los temas más difíciles. Tomo al azar una de las notas (la 12), que se refiere a la concepción cristiana de la temporalidad. Astey parte de los primeros versículos del capítulo inicial del Evangelio según San Juan y los relaciona con el principio del Génesis, según la versión de los setenta, pero también con la filosofía presocrática que utiliza los mismos términos. Queda así establecida la que podríamos llamar genealogía de las palabras usadas por San Juan y, a partir de allí, Astey resume en forma que sorprende por su brevedad y precisión, la concepción del tiempo propia del cristianismo: “el Hijo de Dios habitó entre nosotros y en nuestro espacio y en nuestro tiempo, éste lineal e irrepetible, consumó los actos –encarnar, padecer, morir, resucitar– que realizaron la ‘historia de la salvación’ ... un *continuum* ininterrumpido e irrepetible desde la creación hasta el apocalipsis” (p. 70).

157

Así, la temporalidad, tan difícil de manejar se trate del autor que se trate, resulta inteligible, en cuanto a su concepción teológica, en estas sencillas frases que, por lo demás, se van completando con los comentarios que aparecen en muchas otras notas (por ejemplo, la 15, el final de la 55 o la 127).

La única conclusión posible tras este brevísimo comentario a la obra del doctor Luis Astey es lo mucho que lamentaré siempre –y conmigo muchos otros colegas– no haber podido tener un mayor trato con él, las muchas conversaciones enormemente instructivas que pude haber tenido, pero que su muerte me impidió tener.